p.º 30.

haya acabado. Hasta luego, hijo mío. (A don Lorenzo.) Hasta luego, señor Ortiz.

Con tono irónicamente amenazador.

DAMIÁN.

Hasta luego.

Con firmeza y sin arrogancia como antes. Quiroga se va por la segunda puerta de la derecha.

ESCENA XIV.

DON LORENZO y DAMIÁN.

DON LORENZO.

Ea, despache usted; ¿qué hay?

DAMIÁN.

¿Qué cree usted que pasaría pudiendo el lobo, cuando se le antojara, acercarse á la oveja?

DON LORENZO.

No lo sé. ¡No me sofoque usted, por María Santísima!

DAMIÁN.

Por María Santísima tengo que sofocarle á usted.

DON LORENZO.

Se quedará usted con la gana. Abur.

Retirándose.

DAMIÁN.

Si no me diera usted lástima.....

DON LORENZO.

¿Qué?

Deteniéndose.

DAMIÁN.

Me daría usted risa.

DON LORENZO.

¡Damián! (Volviendo.) Esto va pasando de castaño obscuro. Usted abusa de mi benevolencia. Si antes fué usted mi amigo, ahora—recuérdelo usted—ahora.....

DAMIÁN.

Ahora no soy más que su criado de usted. Pues bien; el criado, viendo que en casa de su amo hay ladrones, y que su amo, con el mayor sosiego del mundo, duerme á pierna suelta, cree que le debe llamar, y le llama; pero el buen señor tiene el sueño de plomo, y—¿qué remedio?—el criado le ase de un brazo y le sacude violentamente, y con toda la fuerza de sus pulmones le grita: «¡Eh, vamos, abra usted los ojos, despierte usted, que si no antes de que haya usted sacudido ese maldito sueño, le habrán robado su tesoro!»

DON LORENZO.

¿Qué me quiere usted decir? (Dando señales de vivo interés y turbación.) No le entiendo á usted.

DAMIÁN.

Y el amo se mueve y habla al fin; pero aún no entiende á su criado. ¡Ya se ve; de un sueño profundo no puede uno despertarse de golpe! ¡Su hija de usted ama á Quiroga!

DON LORENZO.

¡Jesús!

Con asombro y terror.

DAMIÁN.

Con inocencia todavía; dé usted gracias á Dios. Quiroga ha osado proponerle que huya con él para ser su manceba.

DON LORENZO.

¿Qué dice usted? ¡Si no es posible! ¡No es posible!

DAMIÁN.

El amo se restriega los ojos porque la luz se los ofende.

DON LORENZO.

¿No hace el amor á esa aldeana?

DAMIÁN.

Para vengarse de Adelaida, que rechazó su vil intento.

DON LORENZO.

¿Quién le ha engañado á usted? ¿Quién le ha contado ese disparate?

DAMIÁN.

Su hija de usted me lo ha contado.

DON LORENZO.

¡Mi hija!

DAMIÁN.

¡Está fuera de sí la cuitada! ¡Está celosa!

DON LORENZO.

Pero ¿es verdad?

DAMIÁN.

El Conde y Juanito han sido testigos de su desesperación.

DON LORENZO.

¡Ellos lo sabían!

DAMIÁN.

Sí, señor; lo sabían.

DON LORENZO.

¡Y no me han dicho nada!

DAMIÁN.

¡Ca! no, señor; esos caballeros son muy hombres de bien.

DON LORENZO.

Dios mío, ¡si no puedo creerlo!

DAMIÁN.

¿No puede usted creer que un infame haga infamias? ¿Qué diablos puede usted creer?

DON LORENZO.

¡Habiéndole recibido en mi casa! ¡Habiéndole tratado como á un amigo!

DAMIÁN.

Por eso cabalmente. Depositar confianza en un bribón de quien sabe uno que no la merece, ¿qué es sino autorizarle para que abuse de ella?

DON LORENZO.

Pero si usted no comprende aún toda la odiosidad de su culpa. De su culpa, sí; de su crimen. ¡Damián!..... ¡Qué horror!..... (Sin atreverse á continuar.) ¡Damián!..... ¡Es casado!

Con acento de desesperación.

DAMIÁN.

¡Casado!

DON LORENZO.

Allá en América..... Un matrimonio secreto..... Una de las suyas..... Se valió de mí.....

DAMIÁN.

¡Y usted le ayudó también entonces!

DON LORENZO.

Dejó abandonada á su mujer..... Volvió á España sin ella..... Quiso que le guardara el secreto..... Me rogó que nada dijese.....

DAMIÁN.

¿Y usted no dijo nada? ¿Y ese hombre ha podido obtener de una y otra cándida virgen que le admitiese por amante con la legítima esperanza de que el amante se trocara en esposo? ¿Y usted, conociéndole, usted, no satisfecho con tan aborrecible engaño, coge de la